

La configuración espacial de la desigualdad



Oscar Madoery

oscarmadoery@gmail.com

Universidad Nacional de Rosario, Consejo de Investigaciones, Rosario, Argentina.

ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-6861-0679>

Lavoratorio

Resumen

El presente artículo aborda la relación de la desigualdad social con los espacios; busca responder cómo diferentes espacialidades contribuyen a generar o profundizar desigualdades. El punto de partida es que el espacio no es solo una realidad física, sino una realidad relacional (Santos, 1996). Considera tres aproximaciones espaciales para analizar cómo los espacios contribuyen a generar, profundizar, o eventualmente, solucionar situaciones de desigualdad social: las geografías de poder, las capacidades territoriales y los significados de los lugares. En ellas, se contemplan la ubicación de un espacio determinado en los sistemas globales y regionales de relaciones de fuerzas y los desequilibrios territoriales dentro de un orden institucional determinado; las características intrínsecas de un espacio social y las prácticas culturales, económicas y políticas que allí predominan; y los imaginarios predominantes sobre un determinado lugar. A partir de la combinación de estas dimensiones, es posible avanzar en la formulación de entendimientos más complejos y metodologías situadas que ayuden a comprender diferentes escenarios territoriales de desigualdad.

Palabras claves: espacio, desigualdad, territorios, política, situaciones

THE SPATIAL CONFIGURATION OF INEQUALITY

Abstract

This article addresses the relationship of social inequality with spaces; seeks to answer how different spatialities contribute to generate or deepen inequalities. The starting point is that space is not just a physical reality, but a relational reality (Santos, 1996). It considers three spatial approaches to analyze how spaces contribute to generate, deepen or eventually solve situations of social inequality: geographies of power, territorial capacities and the meanings of places. In them, both the location of a given space in global and regional systems of force relations are contemplated; territorial imbalances within a given institutional order; the intrinsic characteristics of a social space and the cultural, economic and political practices that predominate there; as well as the prevailing imaginaries about a certain place. From the combination of these dimensions, it is possible to formulate more complex understandings and situated methodologies that help to understand different territorial scenarios of inequality.

Keywords: space, inequality, territories, politics, situations

Recibido: 23 de junio de 2022

Aceptado: 3 de agosto de 2022

Espacios y sociedades

El artículo analiza la configuración espacial de la desigualdad, es decir el modo como los espacios sociales contribuyen a crear o profundizar procesos de desigualdad social. Esta aproximación se aleja de aquellas posturas que entienden que el espacio es sólo una mera superficie donde los procesos sociales se expresan, o que la desigualdad es un fenómeno social sin espacialidad. Pensar al espacio como simple escenario de las desigualdades, donde las decisiones institucionales y las prácticas cotidianas impactan a favor o en contra de las personas y los grupos sociales, convierte a los procesos sociales en autónomos respecto de las características espaciales. Desde esas aproximaciones, el espacio opera solo como el campo de juego de lo social, y el escenario donde se localizan tanto las políticas públicas de combate a la desigualdad, como las dinámicas globales y regionales de inversión privada o corporativa.

Por el contrario, aquí se sostiene que los lugares son parte constitutiva de los fenómenos de desigualdad. El espacio puede promover desigualdades y

desequilibrios por varias razones: por características propias de la configuración territorial, por su ubicación en lógicas de poder, por desequilibrios territoriales históricos, así como por diversos componentes locales. Prescindir de los aspectos propios de un lugar para analizar las razones que explican las desigualdades sociales, no parece una opción recomendable. Pero tampoco se trata de afirmar exclusivamente los rasgos endógenos que un lugar posee, como si se tratase de una especie de esencia espacial que existe en sí misma y que subyace a las circunstancias sociales y políticas de los contextos.

Para evitar ese riesgo, el artículo transita un camino similar al recorrido por algunos geógrafos críticos y analistas culturales y políticos, al situar las relaciones sociales en un espacio-tiempo determinado, donde la espacialidad sea entendida ya no en términos absolutos o estáticos sino relacionales, dinámicos. Desde esta perspectiva es posible afirmar que espacio y sociedad son dimensiones que se condicionan y constituyen mutuamente, dimensiones gemelas como las denominó Rogério Haesbaert (2011). Al espacio lo constituyen relaciones sociales que se despliegan en él y estas relaciones se ven condicionadas, a su vez, por las espacialidades donde transcurren. Este camino nos permite realizar un análisis situacional acerca de la relación entre espacialidades y desigualdades, donde estas últimas sean consideradas no sólo como un fenómeno social, sino también espacial.

Antes de avanzar con ese argumento, es necesario introducir unas breves aclaraciones conceptuales para evitar confusiones en la lectura. Al considerar a las relaciones socio-espaciales como eje de interpretación, en el escrito se utilizan indistintamente las nociones de espacio, territorio y lugar, aunque se reconoce que no son sinónimos y que remiten a cuestiones diferentes. Estas palabras, incluso, son usadas de manera particular por diferentes disciplinas, señalando un uso y un alcance específico para cada una de ellas. En el presente artículo, el espacio es entendido como una noción relacional, de enlace, que refiere a mediaciones entre sociedad y naturaleza, una dimensión condicionada y condicionante de lo social. El espacio no es algo estático, algo dado antes del proceso social, ni una mera superficie donde acontecen las actividades de una sociedad determinada. Tampoco se trata de un simple determinante físico-ambiental para las actividades humanas, sino de un ámbito dinámico, relacional, condicionante y condicionado por las relaciones sociales. Desde esta perspectiva, la desigualdad es un fenómeno social directamente vinculado a las espacialidades.

Pero además, el espacio está empapado de poder (Massey, 2007), con lo cual hay poderes que crean desigualdades que operan en diferentes espacialidades. Allí aparece la noción de territorio, que refiere a un espacio dotado de *sentido propio* por fuerzas sociales, grupos o instituciones, un espacio vinculado a la apropiación, a las delimitaciones y las fronteras geográficas. La noción de territorio que aquí se adopta considera no solo a las territorialidades fijas

e institucionales de un Estado (nación, provincias y municipios, para el caso argentino), sino también a las territorialidades dinámicas, cambiantes e inestables generadas por relaciones de fuerzas sociales en tensión permanente. Las disputas territoriales promueven desigualdades sociales diversas.

El lugar, por su parte, es una noción de identificación, de la forma como se experimenta y se vivencia un espacio determinado. Alude a las percepciones, las adhesiones y los rechazos que provocan en las personas las diferentes áreas urbanas, rurales, así como las construcciones edilicias o los paisajes naturales intervenidos por la acción humana. Las tres nociones representan geografías cargadas de significados y tensiones, espacialidades que configuran, ubican y proyectan los procesos sociales¹.

Retomando la pregunta inicial acerca de cómo un espacio puede generar o potenciar desigualdades, se toman en consideración tres campos explicativos: las geografías de poder, las capacidades territoriales y los significados de lugar. Ellos traducen diferentes abordajes sobre la espacialidad de procesos sociales, tanto si se trata de procesos socio-culturales, económico-laborales o político-institucionales. Estas aproximaciones teóricas no agotan las posibilidades explicativas, pero permiten organizar nuestro entendimiento para comprender situaciones concretas de desigualdad en los territorios.

Geografías de poder

Esta primera interpretación refiere a la ubicación de los diferentes espacios en los sistemas de poder geopolítico y geoeconómico. Un determinado espacio puede constituirse de diferente manera en las geografías de poder: como centro, como periferia, como metrópoli, como colonia, como nodo, como núcleo o margen en un sistema de relaciones sociales, económicas y políticas entre territorios diversos, sean países, regiones, estados o ciudades. Estas ubicaciones geopolíticas condicionan su desempeño, y pueden promover o favorecer desigualdades sociales en la población que allí habita. Incluso, un espacio puede presentar rasgos de subordinación a poderes históricos, institucionalizados e incluso legitimados mediante esquemas de poder que promueven desigualdades distributivas, y que avanzan hasta el punto de representar exclusiones sociales profundas y duraderas. Es que los poderes económicos y políticos crean desigualdades y las ciencias sociales han analizado esto desde los sistemas mundos con sus centros y periferias (Wallerstein, 1998), las matrices coloniales y patriarcales de poder con sus subalternidades (Quijano, 2000; Mignolo, 2000), las soluciones espaciales del capital con sus despose-

1. Se encuentra en Madoery, O. (2020).

siones (Harvey, 2005; 2017), las formaciones predatorias con sus exclusiones (Sassen, 2015). También los procesos histórico-estructurales geográficamente desbalanceados al interior de un país, provocan desequilibrios territoriales que se traducen en desigualdades múltiples al interior de los estados nacionales.

Desde las concepciones del sistema mundo organizado en torno a la economía capitalista, se explica que el capital económico genera sus propias geografías de acumulación, tanto a escala global, regional, nacional e incluso local. Esos flujos dinámicos pueden favorecer a determinados territorios durante temporalidades largas o en coyunturas específicas, radicando allí inversiones, promoviendo saltos tecnológicos, insertándolos en cadenas globales de valor y generando oportunidades laborales. Pero también el capital genera soluciones espaciales que pueden desarmar y desarticular tramas productivas, laborales y sociales de los territorios, promoviendo expulsiones, migraciones y empobrecimientos cuando el dinamismo de la acumulación no se sostiene o decae.

Como sostiene Harvey (2005), el ajuste espacio-temporal es una metáfora de las soluciones a las crisis capitalistas a través del aplazamiento temporal y la expansión geográfica, para absorber los excedentes de capital y trabajo existentes. Vastas cantidades de capital fijo en un sitio actúan como una carga para la búsqueda de un ajuste espacial en otro lugar: si el capital sobre-acumulado se desplaza, genera devastación, pero si permanece genera devaluación. Esta es la historia de la destrucción creativa, con todas sus consecuencias sociales y ambientales negativas, inscrita en la evolución del paisaje físico y social del capitalismo.

Desde América Latina, estos procesos han sido analizados con las especificidades propias de la región, desde enfoques muy relevantes, como los del estructuralismo histórico en autores como Osvaldo Sunkel, Pedro Paz (1986) y Theotonio dos Santos (2000), o los extractivismos socio-ambientales denunciados por Enrique Leff (2014), por nombrar sólo algunos aportes.

Corriendo el eje de lo económico y político hacia otras dimensiones de lo social, la colonialidad se presenta como aquellas relaciones de poder que se establecen entre lo europeo y lo no europeo sobre la base de la idea de raza. Quijano plantea que esto ha transmutado las condiciones de dominación, convirtiendo hechos sociales en jerarquías biológicas y culturales. Lo que fue producto de la dominación colonial se ha mantenido como colonialidad luego de las independencias políticas en América Latina, ya que las áreas colonizadas continuaron reproduciendo las relaciones raciales de superioridad/inferioridad como la base sobre la cual se sostienen las actuales estructuras del patrón de poder mundial (Germana, 2009).

Por su parte, Sassen (2015) sostiene que desde hace unas décadas es posible observar en el contexto global, el incremento de comportamientos predatorios por parte de fuerzas corporativas que operan con lógicas de vaciamiento territorial, valiéndose de lagunas administrativas y legales al interior de los esta-

dos nacionales, e inclusive aprovechando directamente políticas públicas que favorecen esos comportamientos de mercados concentrados. Las formaciones predatorias del capital pasan a configurar un nuevo escenario de organización/desorganización espacial que fomenta no ya desigualdades, sino exclusiones en ciudades, regiones y países, generando enclaves donde las prácticas extractivas de recursos y la vulnerabilidad de derechos de las personas se generalizan.

En resumen, las geografías de poder permiten considerar el impacto sobre los territorios de las ubicaciones en las geopolíticas del sistema mundo, en las matrices coloniales de poder, en la dependencia estructural, en la acumulación por desposesión, en las formaciones predatorias ambientales y sociales del mundo global. En éstos estudios, se enfatiza cómo el tipo de relaciones de fuerzas económicas, sociales políticas, inciden en los diferentes espacios provocando desequilibrios, exclusiones y generando desigualdades sociales.

Capacidades territoriales

La cuestión de las capacidades territoriales es un tema transitado en los estudios sobre planificación del desarrollo, donde el fomento de políticas públicas desde distintas esferas de gobierno, representa el principal argumento para combatir las desigualdades. También es una mirada propia de la concepción del desarrollo endógeno, que entiende que los niveles de organización y de innovación que existen en una ciudad o región, a partir de las dinámicas locales que son capaces de generar los actores que viven en ellos o que inciden en ellos, permiten abonar procesos de desarrollo que amortiguan o revierten las lógicas de desigualdad. Por el contrario, la ausencia de estas capacidades locales explica la persistencia y profundización de las desigualdades laborales y sociales.

En los planes desarrollo nacional, regional, provincial o sectorial se suele destacar el objetivo de contribuir a generar equilibrios territoriales como forma de combatir desigualdades sociales. Para ese fin, se plantea la necesidad de dotar a los territorios de recursos y adecuadas infraestructuras productivas, ya sea de transporte y comunicación, la construcción de viviendas y hábitat, la provisión de energía, agua y todo tipo de servicios sociales y económicos, o la promoción de las economías regionales y los empleos locales. Una expectativa presente en las experiencias de planificación (Rofman y García, 2018), es que ese tipo de iniciativas permita generar condiciones locales adecuadas de reproducción de la vida, lograr retener la población en sus lugares de origen y evitar migraciones que profundicen problemas locales y expandan desigualdades en otros territorios. Si bien existe una rica historia en América Latina y Argentina de acciones transformadoras en espacios geográficos específicos,

en términos de desarrollo regional, local o territorial, queda pendiente aún la evaluación en profundidad acerca de los alcances y limitaciones que esas políticas han tenido en pos de paliar las desigualdades sociales. Algunas preguntas permanecen abiertas: cómo obtener enseñanzas de las dificultades generadas en la práctica, cuando desde la acción centralizada se relativiza la importancia de lo local/comunitario y se enfatiza sólo una dirección de arriba-abajo en las políticas públicas, por ejemplo en la implementación de planes sociales o en la generación de actividades de la economía popular y solidaria. En sentido contrario, cómo demostrar que una ciudad o región, por más que cuente con potencial local productivo, no constituye un espacio apartado de las influencias de sus respectivos contextos nacionales e internacionales. Posicionarse como islas de oportunidades, ha convertido a muchos lugares en presas fáciles de las dinámicas de actores corporativos que imponen, sin mayores mediaciones, sus condiciones de actuación, profundizando los problemas sociales y laborales en diferentes sitios. En todo caso, la política territorial contemporánea tiene que recuperar los aprendizajes de todas estas experiencias, para contribuir a resolver tensiones recurrentes y desigualdades sociales crecientes.

Como ya fue señalado, otro camino para comprender las cualidades propias de los territorios es analizar específicamente las capacidades endógenas de los mismos, es decir la posibilidad de formular sus propios proyectos, establecer acuerdos y tramas institucionales y sociales que permitan desplegar un determinado perfil de acciones, que contribuyan a morigerar y resolver los problemas sociales más acuciantes. Desde la mirada territorial interesa la vocación que tienen las regiones y las ciudades para impulsar procesos de combate a las desigualdades, promover la diversificación de su estructura productiva y laboral, la dotación adecuada de infraestructuras sociales, sanitarias y comunicacionales, el ordenamiento territorial y ambiental, o la conformación de redes e instituciones de intercambio económico y cultural. La política regional introduce una dimensión meso-económica que complementa la visión macroeconómica propia de los estados nacionales y la visión microeconómica propia de los actores del mundo privado y sindical. El potencial de las regiones para el desarrollo ha dado lugar a una amplísima bibliografía, donde destacan referentes como Antonio Vázquez Barquero (2005), Sergio Boisier (2000), Giacomo Becattini (1997), Francisco Albuquerque (2004), José Arocena (1995) entre otros. Subyace en sus planteos el supuesto que a mayor desarrollo local, menor desigualdad en los territorios.

Sin embargo, no todos los lugares cuentan con similares condiciones de partida, ya que existen espacios más necesitados de políticas públicas desde esferas centrales de gobiernos o de inversiones exógenas. Por otra parte, la desigualdad en los territorios no puede explicarse solamente contemplando ese tipo de aportes. Si se ha postulado históricamente que el motor del desarrollo es el crecimiento económico, la perspectiva endógena considera que

no necesariamente ello se traduce en desarrollo territorial; por el contrario, determinado tipo de crecimiento económico puede llegar a generar soluciones espaciales para el capital pero no para las poblaciones, porque si el mayor dinamismo económico concentra riquezas, necesariamente provoca aumentos de pobreza. Allí es donde la acción política tiene que aparecer en su faz regulatoria para poder redistribuir, contener y promover otras lógicas de desarrollo e igualdad. Este objetivo no lo logra solo el estado nacional, sino que se trata de un desafío multi-escalar y multi-actoral; por ende, una acción con fuerte anclaje territorial, ya que son las capacidades relacionales propias de los actores que inciden en los diferentes lugares, quienes a partir de sus avances organizativos, creativos y promocionales, permiten afrontar desigualdades de los territorios con mayores argumentos.

En un país como la Argentina donde los marcados desequilibrios territoriales profundizan desigualdades sociales, esta perspectiva endógena insiste en la necesidad de adecuar entornos territoriales, proveyendo infraestructuras básicas y funcionales necesarias para la mejora en las condiciones de vida de las personas y la preservación de los entornos medioambientales. Destaca la importancia de cohesionar los tejidos sociales y generar condiciones propicias para la contención y la inclusión social, a través de políticas de expansión de derechos sociales, acceso a la tierra por parte de comunidades y garantías de ingresos personales. Propone organizar los sistemas productivos y laborales locales, promoviendo entramados de empresas, balances sociales y prácticas de responsabilidad empresarial, fortaleciendo las expresiones de la economía popular y solidaria, y su ampliación a circuitos regionales de producción, circulación y consumo. Insiste en establecer reglas de juego adaptadas a la realidad local, a través del cambio y la adaptación institucional, la creación de agencias de desarrollo territorial, la planificación participativa de ciudades y regiones, o los acuerdos territoriales de empleo. Promueve la difusión de innovaciones y conocimientos para facilitar encuentros entre gobiernos, empresas, universidades y centros de investigación, que favorezcan la incorporación y aprovechamiento tanto de los conocimientos codificados, como el saber hacer propio de cada territorio. Por último, reclama por acciones orientadas a recrear la cultura local y la educación para el desarrollo pensado desde los territorios, como otra línea estratégica necesaria para afrontar las tareas de capacitación popular y reconocimiento social desde una perspectiva geocultural (Madoery, 2016).

En síntesis, para este amplio campo explicativo, la posibilidad de eliminar desigualdades sociales requiere de una adecuada provisión de infraestructuras materiales y recursos físicos en los territorios, así como de las capacidades relacionales propias de los actores locales o con incidencia local. El lugar es visto como el centro de las decisiones que explican su propio desempeño, los influjos exógenos tienen que ser aprovechados a partir de los temas críticos definidos localmente, gestionándo-

los a través del fortalecimiento de vínculos institucionales y la promoción de acuerdos persistentes entre actores locales públicos, privados y sociales.

Significados de lugar

Una tercera aproximación es ofrecida por aquellos estudios que analizan comportamientos ciudadanos, sentidos sociales y componentes subjetivos en relación a los lugares. Los significados de lugar aluden a la forma como se experimenta y representa un determinado espacio por parte de las personas y los grupos sociales, que les puede generar sensaciones varias, como atracción, acogimiento, hospitalidad, miedo o rechazo. También cuentan las apreciaciones sociales y colectivas predominantes sobre espacios particulares, distinguidos como lugares de posibilidades y oportunidades, o rechazados por estar asociados a carencias y violencias. La construcción del sentido de lugar es un proceso complejo que se basa no sólo en los componentes y características físicas de los lugares sino, fundamentalmente, en las interacciones, los sentimientos, las percepciones sensoriales y los efectos de la temporalidad experimentados en ellos. El lugar se reconoce como algo físico, pero también como producto de los modos en que los grupos humanos lo han organizado, como reflejo y acumulación de las huellas de las distintas generaciones que lo han habitado y transformado; como un legado histórico y emotivo (Ramos y Feria Cuevas, 2016).

Los sentidos de lugar potencian determinadas cualidades positivas o negativas de los territorios, generan imaginarios sociales e incluso condicionan a quiénes allí habitan. Es una mezcla de reacciones sensoriales, imágenes cognitivas, recuerdos y sentimientos que las personas asocian con un lugar (Relph, 1976). Se trata de una dimensión simbólica, subjetiva y vivencial, que refuerzan rasgos materiales e institucionales. El lugar donde se vive o del cual se proviene se convierte en un componente implícito, un eje estructurante de las relaciones sociales (CEPAL, 2017). Como tal, puede reforzar la adscripción a facetas positivas de la identidad territorial o, por el contrario, reforzar procesos de discriminación que operan sobre la base del estigma y profundizan las desigualdades sociales.

De manera que los procesos y prácticas históricas de un lugar traducen supuestos que contribuyen a asociar determinados sentidos a un espacio. Así, aquellos lugares históricamente atravesados por lógicas de desigualdad, de marginación, de exclusión social y pobreza, terminan siendo, muchas veces, lugares condenados desde el punto de vista de las prioridades de acción, tanto desde las políticas públicas, como desde las oportunidades de inversión y las representaciones sociales. Tales imaginarios sociales sobre territorios de

desigualdad forjados por inequidades o por permanentes conflictos pueden, incluso, ser percibidos como una característica casi inmanente que potencia y profundiza las desigualdades a lo largo del tiempo.

En el Barrio Villa Manuelita de Rosario, un reciente trabajo de la UNR, vinculó algunas prácticas administrativas históricas (como la no incorporación temprana del barrio a censos y mapas de la ciudad), su tradición obrera y de trabajo eventual, la radicación de personas y familias dedicadas a tareas informales, y la falta o demora en la provisión de servicios públicos esenciales, con la representación colectiva del lugar como un espacio marginal (Acuña, 2022). Si todo espacio es relacional, el tipo de relaciones históricas predominantes en lugares específicos (con gobiernos que llegan tarde o no llegan, olvidos administrativos, perfiles predominantes de prácticas laborales, oficios eventuales, características habitacionales, falta de servicios esenciales, etc.), suele potenciar imaginarios que contribuyen a esa degradación. En otras palabras, las personas que allí habitan, llevan la carga de procedencia, la marca territorial que opera como un obstáculo a la hora de conseguir un empleo, un reconocimiento social o mejoras en sus condiciones de vida. Lo mismo puede sostenerse, aunque en dirección contrario, de urbanizaciones privadas donde ciertas lógicas predominantes pueden fomentar sentidos de prosperidad que promuevan prácticas asociadas a la discriminación y el rechazo social. La desigualdad se profundiza también desde las subjetividades sociales.

Estas tres aproximaciones permiten encontrar diferentes elementos para analizar la relación entre espacios y desigualdades sociales, ya que cada una pone el eje de análisis en diferentes aspectos. Es posible que ninguna de ellas sea lo suficientemente exhaustiva para contemplar todo tipo de situaciones de desigualdad; sin embargo en la combinación de estas miradas puede residir la posibilidad de ensayar explicaciones más comprensivas, y de lograr un acercamiento más complejo y profundo al problema de las relaciones socio-espaciales que explican la configuración espacial de las desigualdades. Las geografías de poder permiten comprender la preminencia de empleos informales y eventuales en determinados lugares y marginaciones sociales extensivas que habilitan pensar en grupos sociales descartados o marginados respecto de los regímenes económicos y políticos vigentes en esos países y regiones. La falta o debilidad de fuerza relacional en los territorios, permite explicar mejor aquellas situaciones donde se amplifican problemas de hábitat y circulación, de empleos precarios e ingresos insuficientes, expandiendo los dramas sociales emergentes; por el contrario, cuando los actores públicos, privados, populares de esos lugares logran niveles de organización y de proyección más adecuados, permiten sopesar y compensar algunos de los déficit sociales, superando incluso condiciones generadas por la posición del lugar en geografías desiguales de poder. A su vez, los significados asociados a los lugares operan como un elemento que amplifica tendencias, habilitando el predominio de imaginarios

de condena o consagración asociados a lugares determinados, donde sólo caben acciones paliativas de necesidades sociales en un caso o de preservación de privilegios en otro. Ambas dinámicas, lejos están de resolver los problemas de desigualdad. ¿Qué podemos obtener de la combinación de estas miradas, del cruce de interpretaciones?

Situaciones territoriales

La combinación de estos tres campos explicativos requiere una aproximación metodológica *situada* en los espacios específicos, donde la unidad de análisis sea un determinado territorio nacional, regional, urbano, rural o barrial; y desde allí analizar cómo operan estas diferentes dimensiones para lograr explicar *desde cada lugar* los problemas de desigualdad social. Los desenlaces pueden ser múltiples, pero habilitan la posibilidad de comprender, al menos, cuatro situaciones territoriales: aquellas donde predominan lógicas de expulsión social, aquellas realidades marcadas por la polarización social, otras que expresan la preeminencia de acciones de contención social, o incluso la posibilidad de contemplar horizontes de justicia social si se revierten tendencias negativas y se promueven integraciones y equilibrios sociales. Las situaciones territoriales mencionadas son explicativas, no taxativas, y tienen que ser analizadas desde cada realidad, porque la composición de componentes exógenos y endógenos nunca se presenta de igual manera, ni se repite mecánicamente, sino que ofrece variantes de acuerdo al complejo espacio-temporal y social que caracteriza a cada lugar.

Primera situación. Si en un determinado territorio las dinámicas económicas se expresan preferentemente como extracción de recursos sin la adecuada conformación de encadenamientos productivos locales, si la organización institucional y social por parte de los actores locales es baja, si el lugar es experimentado desde el rechazo o el desinterés, ese territorio será más proclive a olvidos públicos, a abusos corporativos, a prescindir de parte de su población y/o a generar migraciones de personas y familias. En los territorios de expulsión no hay actividad laboral ni perspectivas de futuro, tampoco posibilidades de construcción social alternativa y parte de la población se muda a otros centros en búsqueda de oportunidades para salir de la pobreza. Numerosos espacios rurales, semi-rurales de América Latina están atravesados por esta problemática, a partir de causas diversas entre las que se cuentan la alteración o eliminación de las actividades económicas tradicionales por cambio tecnológico o competitivo, o por acuerdos comerciales de libre comercio que afectan producciones propias; el abandono de prácticas laborales habituales; la alteración radical del ecosistema de vida; o la falta de condiciones adecuadas

en cuanto a disponibilidad de infraestructuras y servicios.

Segunda situación. Si la actividad económica es significativa, con dinamisismos productivos, comerciales, o turísticos, pero faltan regulaciones institucionales y sociales y los controles locales del proceso económico productivo resultan escasos o insuficientes, ese territorio tenderá a concentrar riquezas y polarizar a los diferentes sectores sociales. En los territorios de polarización, las lógicas extractivas y de enclave sin la participación local ofrecen dinamismo económico pero no integración social. En los lugares sometidos a actividades intensivas de explotación de recursos naturales, o donde se instalan plantas maquiladoras o de ensamblaje, pero las decisiones fundamentales del proceso son tomadas por actores sin compromiso vital con el territorio, sucede lo mismo. En los lugares turísticos asociados a oportunidades de trabajo o esparcimiento pueden ocurrir polarizaciones en el tiempo, si no hay complementación de la dinámica económica, con organización y regulación local.

Tercera situación. Si el control local tanto público como social es significativo, pero la dinámica económica y laboral es baja por falta de oportunidades de empleo, ese territorio probablemente solo pueda contener a los sectores sociales más vulnerables, a través de planes sociales o acciones de amparo comunitario o experiencias de economía popular y solidaria. En los territorios de contención, las comunidades locales con asistencia de los gobiernos, dan respuestas sociales, culturales y educativas a la población, pero encuentran mayores dificultades para promover trabajo digno y condiciones de vida y de hábitat que resulten socialmente aceptables. Es el caso tan extendido de zonas conurbadas o barrios populares donde los gobiernos, a través de diversas políticas sociales, buscan atender las situaciones de desigualdad, pero no pueden superar ese umbral de contención porque la posibilidad de renovados dinamisismos económicos y laborales sigue siendo lejana y porque los imaginarios sociales predominantes potencian marginaciones y negaciones.

Cuarta situación. La capacidad para resolver desigualdades estructurales y funcionales en la población de un lugar, quizás vaya de la mano de la mixtura de varios componentes: del dinamismo económico y laboral exógeno y endógeno, de la regulación institucional y social nacional y local; de la aceptación institucional y cultural de quienes allí viven. Si determinadas dinámicas económicas pueden prescindir de sectores sociales sometidos estructuralmente a procesos de marginalidad, porque la acción privada no necesariamente es inclusiva, tales dinámicas necesitan estar mediadas por acciones regulatorias por parte de los gobiernos, por lógicas participativas y protagonismos ampliados de las comunidades, por voces que se expresan localmente y por prácticas cotidianas orientadas a la solución de problemas concretos. Esta multiplicidad de dimensiones es lo que está detrás de experiencias de desarrollo donde la fuerza territorial es provista por actores con fuerte incidencia local, como gobiernos, empresas, sindicatos, cámaras, universidades, pero también por los

propios beneficiarios de las acciones impulsadas para combatir desigualdades. Esa energía local provee vínculos, memorias y arraigos en un modo que no se presenta en otros actores alejados al problema de la desigualdad, que la gestionan pero no la padecen o no están involucrados directamente. Se encuentra allí un componente social pero también cultural, ético y comunitario que resulta fundamental para que la acción orientada a la justicia social cuente con ímpetu suficiente. Fuerza local que se traduce en organización comunitaria, en economías alternativas, en mercados de cercanía, en participación en organizaciones populares, etc. En la conjunción de vínculos comunitarios, de densidades institucionales y tramas productivas, existe la posibilidad de pensar en territorios con horizontes de justicia social.

De este modo, la acción política vinculada al combate de las desigualdades ya no puede ser solo pública o estatal, ni tampoco solo privada, sino que requiere de esos impulsos más el aporte de todo el bagaje de prácticas locales, populares, comunitarias que existen en cada lugar. Esto último agrega voces a la lucha contra la desigualdad y permite establecer otro orden de prioridades y otra secuencia de acciones en pos de este objetivo. Por ejemplo, si algo demuestran los estudios realizados en el Nudo Rosario en el marco del Programa Pisac², es que la primera barrera de contención para los jóvenes incorporados en programas socio-laborales es la de la vecindad y la comunidad, no del estado y sus políticas. La acción de los gobiernos fortalece vínculos y arraigos preexistentes, pero puede deteriorarlos si la política pública no reconoce lógicas locales que se expresan en cada lugar, si no se respetan voces y trayectorias. En esa relación entre vínculos sociales, económicos; laborales e institucionales, sumado a los rasgos culturales y comunitarios, existe una base para entender cómo afrontar la desigualdad en los territorios.

El poder de los lugares

Adoptar el camino de promover acciones *desde* los territorios y no contemplar solamente lógicas sistémicas o macro-políticas *hacia* los territorios, no significa caer en un fundamentalismo de lugar, sino intentar comprender mejor como impactan las lógicas sistémicas en diferentes espacios, pero sin privarnos de observar las particularidades locales. Esta es la manera de situar la perspectiva de la lucha contra las desigualdades. Son los vínculos institucionales y productivo-laborales existentes en los lugares junto con las tramas de

2. Heterogeneidad estructural y desigualdades persistentes en Argentina 2020-2021: Análisis de las reconfiguraciones provocadas por la pandemia covid19 sobre las políticas nacionales-provinciales-locales y su impacto en la estructura y la dinámica socio-ocupacional. Un abordaje mixto y regional. <https://www.argentina.gob.ar/ciencia/pisac>

confianza social y comunitaria, las que promueven la posibilidad de afrontar la marginalidad y la pobreza no sólo desde las políticas públicas, sino también desde la acción territorial.

En otras palabras, un análisis situado en los espacios de desigualdad, tiene que dar cuenta de las densidades institucionales, es decir de la existencia de actores y organizaciones públicas, privadas y sociales que trabajen en temas de fomento al desarrollo en general, o de combate a la pobreza, la marginación o la exclusión social en particular; y del tipo de relaciones que esos actores son capaces de establecer, de sus redes de cooperación, de su capacidad para promover acuerdos, para identificar temas críticos y priorizar acciones. Densidad institucional traducida en cantidad de fuerzas sociales involucradas y perfiles de acuerdos alcanzados. Pero también un análisis situado requiere tomar en cuenta los arraigos culturales y comunitarios, es decir la forma propia de resolver problemas y de afrontar la vida de los grupos y pueblos desde sus lugares, el rescate de sus tradiciones, sus identificaciones, sus solidaridades, sus tiempos, sus elecciones. Todos estos aspectos representan componentes fundamentales de la acción social y no son un mero elemento del folklore local.

Como sostiene Margaret Kohn (2003), el entorno construido da forma a las acciones, identidades y comportamiento político de las personas; y las dimensiones simbólicas y sociales de estos lugares son recursos para resistir las relaciones políticas opresivas y crear geografías de poder popular, donde desarrollar nuevas identidades y prácticas. El poder del lugar procede de la capacidad de pueblos para vincular la dimensión social simbólica y experimental del espacio con una política transformadora. El lugar es el espacio clave de la formación y la organización de la conciencia (Harvey, 2017). Es que en el lugar no se discute solo lo local sino un horizonte de sentido general, cosmopolita. Por eso, Martha Nussbaum (2006) propone pensar en círculos concéntricos que parten de la persona, pasan por la familia, la vecindad, los grupos locales, los conciudadanos nacionales, hasta la humanidad en su conjunto. Una política universal de combate de las desigualdades, si no puede recuperar el vínculo con solidaridades colectivas alcanzadas en lugares concretos, se vacía de contenido.

No obstante, otras aclaraciones merecen ser incorporadas, ya que algo que puede tener sentido social o político en una escala espacial, puede no tenerlo en otra. Por ejemplo, en el caso de la cuenca gasífera y petrolífera de Vaca Muerta, en la Patagonia norte de Argentina, no necesariamente coinciden las agendas de los capitales corporativos, las agendas de los gobiernos nacionales, las de los gobiernos provinciales, las de los gobiernos locales y los grupos de vecinos de la zona. Un estudio realizado para la planificación estratégica y posterior conformación de la Región Metropolitana de la Confluencia (CFI, 2019), demuestra que la explotación de los yacimientos puede generar beneficios para el país en cuanto a provisión de energía, ge-

nerar beneficios provinciales en cuanto a regalías, generar oportunidades laborales para las personas vinculadas directa o indirectamente a la actividad extractiva, pero puede desarmar los territorios locales si no se regula el ordenamiento territorial o el usos de las aguas provocando desequilibrios y desigualdades sociales en otros habitantes de la región. No todo crecimiento económico derrama beneficios sociales si no está acompañado de fuerza local. El estudio también señala que tampoco la acción política de combate de las desigualdades se puede limitar a lo local, como si se tratara de un ámbito inmune a influencias externas. Permanecer atrapados o encerrados en lo local, también pueden provocar exclusiones y expulsiones.

Si la formación de lugares y la producción de un desarrollo geográfico desigual, representa un proceso mundial y regional activo, la producción de espacios alternativos y la posibilidad de pensar a los lugares como momentos en la búsqueda de geografías de la vida y de la igualdad, también. Las formas en que las personas se asocian y construyen colectividades y comunidades, varía enormemente al igual que sus modalidades organizativas. Por ende, siempre hay posibilidad de construir alternativas desde los lugares. La densidad y la perdurabilidad de los vínculos sociales, económicos y políticos que se dan en espacios concretos, desde vecindarios hasta regiones y estados, proporcionan un anclaje pragmático para la actividad política (Harvey, 2017: 228).

El lugar como fundamento

Estamos en un punto donde concebimos al espacio como una realidad relacional, como socio-espacialidades donde convergen, se enlazan y se traducen de manera particular componentes materiales, institucionales, culturales, sociales y subjetivos. La construcción de los espacios se nutre de todas esas dimensiones. Pero plantear el poder de los lugares, también requiere de otras aproximaciones epistemológicas que entiendan al espacio no sólo como enlace y traducción diversa de múltiples dimensiones, sino como fundamento, como raíz, como suelo desde donde se piensa, se valora, se construye y se proyecta. Ese fundamento que contamina la existencia, genera arraigos, vínculos y legados que nos acompañan a lo largo de nuestra vida, cualquiera sea nuestra localización y las distancias que recorramos. Esta es la perspectiva situada en los territorios de vida, donde las personas establecen lazos vivenciales con sus lugares de referencia. Es la perspectiva geocultural que abonan autores como Rodolfo Kusch (2012), Carlos Cullen (2017) o Juan Carlos Scannone (2010), donde la cultura es entendida como cultivo de un *nosotros*, realizada por los pueblos en su vida pasada y presente, donde el suelo se constituye en domicilio desde donde se ordena el mundo y desde donde se proyecta un horizonte de sentido propio.

Incorporar este entendimiento al análisis de las desigualdades otorga otro cariz al análisis, porque ya no se trata solo de comprender el acceso a bienes o la garantía de derechos humanos formales, sino de entender la vida como un modo propio de valorar, de priorizar y de organizar la convivencia, siempre en relación a la comunidad de pertenencia y al lugar de referencia. Es un *desde donde* se dota de sentido a la existencia que, si es respetado, debe incorporar esas voces y esos lenguajes a toda acción reparadora o transformadora. La lucha por la igualdad adquiere así un significado colectivo de habitar dignamente el lugar propio, y el compromiso comunitario para modificar la realidad propia. Entramos en el terreno de la profundidad raigal en la lucha contra las desigualdades sociales. Como sostiene Florencia Kusch (2013: 93), en esas prácticas de base no se habla de recursos naturales, ni de uso de suelo, ni de soporte físico; el centro gira en torno a la naturaleza social del espacio, a la territorialidad de la cultura, y a las múltiples resoluciones simbólicas en los procesos de resistencia. La lucha por el territorio no es sólo para obtener títulos de propiedad, sino para garantizar el derecho al arraigo, en los múltiples paisajes culturales en las periferias urbanas, en la multiplicidad de suelos que se definen en el espacio barrial, en los espacios inéditos de los mundos no visibilizados de la gran ciudad. Es el aquí y ahora de las personas que habitan comunidades marginales, carecientes o excluidas, que luchan por el reconocimiento y la dignidad ligadas al habitar, y su reconocimiento es una condición necesaria para incorporar esas energías fundamentales e irremplazables para luchar contra la desigualdad.

Por lo tanto, en este registro vivencial, situado no es sinónimo de ubicado y es más que contextualizado; es la sociedad en su espacio-tiempo específico, refiere a un compromiso con un lugar y con quienes se convive en ese lugar. Los protagonistas de esos espacios de desigualdad son los gobiernos (en sus diferentes escalas), los actores del trabajo y la producción, pero también las comunidades en sus prácticas de vida. Desde la perspectiva situada, el problema de la desigualdad no es sólo una cuestión de dinamismo económico, no es tampoco algo ligado exclusivamente a los arreglos institucionales, sino fundamentalmente un principio ético, cultural y político acerca de qué sociedad se pretende construir, cómo convivir en ella y cómo relacionarse con las demás personas.

Alcances metodológicos

Esta perspectiva compleja acerca de la configuración espacial de la desigualdad, traducida como metodología de análisis territorial, combina en un enfoque situado los análisis cartográficos, sociológicos y estadísticos para comprender la relación entre espacios y desigualdades; también se vale de estudios que analicen la ubicación de los lugares, su provisión de infraestructuras, sus

conectividades físicas y digitales, los perfiles predominantes de la población en términos sociales, laborales, etnográficos, antropológicos, así como los rasgos destacados de la naturaleza circundante. Ello permite graficar, mapear y explicar a través de estadísticas, de análisis conceptuales y de análisis sociales y antropológicos, lo que ocurre en un lugar determinado.

Pero también dicha metodología necesita nutrirse de análisis situacionales, aquellos que partiendo desde los territorios, consideran las características propias de quiénes habitan ese lugar y fundamentalmente se centran en la trama de tensiones y de vínculos locales, en aquellos aspectos culturales, subjetivos que son difíciles de expresar en términos gráficos o estadísticos, pero que constituyen componentes fundamentales para comprender cómo un determinado lugar transita su cotidianidad y cómo enfrenta las situaciones de desigualdad.

En síntesis, la metodología de análisis territorial para abordar la relación y tensión entre espacio y desigualdad, requiere tanto de aproximaciones cartográficas como de aproximaciones situacionales³.

Consideraciones abiertas sobre distancias y desvinculaciones

El espacio es una realidad relacional que involucra múltiples componentes que constituyen y configuran desigualdades. La desigualdad no es un proceso social sin espacialidad, por el contrario, existe la posibilidad de entender mejor los fenómenos de desigualdad a partir de la mirada desde los espacios. Las ubicaciones de los territorios en tramas de poder, las relaciones socio-espaciales que se expresan en cada lugar y los sentidos asociados a esos lugares son algunas de las variables que ayudan a comprender la configuración espacial de las desigualdades.

La combinación de esos diferentes procesos genera situaciones territoriales diversas, que pueden coexistir, incluso, en un mismo lugar. Situaciones que van desde la expulsión de vastos sectores de la población, la polarización entre grupos sociales, la contención de los sectores sociales más castigados, hasta incluso, situaciones que permiten proyectar escenarios posibles de justicia social.

Resulta difícil pensar que un lugar pueda resolver la desigualdad por sí solo, se necesitan de políticas nacionales, así como de acciones regionales y locales porque ningún territorio es una isla que pueda prescindir de los condicionantes contextuales; aunque tampoco es un simple apéndice que reproduce exactamente en escala menor, aquello que ocurre a nivel nacional. Allí radica la necesidad de priorizar miradas desde los territorios, observando cómo com-

3. Este abordaje metodológico está desarrollado en Madoery O. (2016).

plementar esas fuerzas y dinámicas. Este planteo es una invitación a reconocer a los territorios, a pensar y proponer desde los lugares, a articular políticas nacionales con políticas locales, a vincular lo público con lo privado y con lo popular. Así como existen espacialidades de los actores, existen espacialidades de los problemas a afrontar para resolver cuestiones atinentes a las desigualdades sociales. La respuesta no necesariamente tiene que ser la misma ya que cada lugar presenta sus componentes locales, haciendo del espacio esa dimensión de la multiplicidad de realidades y de la multiplicidad de opciones. Es así como se comprende que el desafío de la lucha contra la desigualdad no puede ser solo de política pública o de dinamismo económico; es también, y fundamentalmente, de compromiso ético comunitario desde los lugares de vida.

Una última cuestión a considerar. La desigualdad es considerada mayoritariamente como distancia social, como brechas sociales entre ricos y pobres, entre trabajadores y desocupados, entre quienes pueden acceder a determinadas derechos garantizados y quienes no lo tienen, en el acceso a bienes, en el reconocimiento social, en la posibilidad de movilización y traslado, en el acceso a servicios. Pero también la desigualdad es distancia espacial, que incluye la distancia de raza, de clase, de género, de edad, de trabajo, de poder económico, de estatus, de tradición y también de ubicación en los lugares. Esas distancias espaciales configuran espacios de garantías y derechos, y espacios de exclusión y de marginación.

Pero si el abordaje de la desigualdad desde una metodología situada en los territorios resulta válida, las herramientas analíticas se amplían fundamentalmente hacia una comprensión donde la desigualdad sea entendida no sólo como distancia, sino como desvinculación; como ruptura de vínculos, de pertenencias, de memorias, de arraigos en los propios lugares de vida. Desvinculaciones que convierten a las personas ya no en pobres o desocupados, sino en excedentes sociales, en masas marginales, excluidas, expulsadas o ignoradas por los modos de relación social y cultural, por los modos de reproducción económica-laboral, y los modos de regulación institucional-legal vigentes en una sociedad determinada. Personas que están dentro de los territorios, pero fuera de la sociedad y el estado, que están en las ciudades pero no son ciudadanos. El espacio representa, así, la forma cartográfica y situada de manifestar no sólo las distancias sociales, sino fundamentalmente las desvinculaciones humanas.

Semblanza del autor

Doctor en Ciencias Sociales. Licenciado en Ciencia Política. Director del Doctorado en Ciencia Política y de la Escuela de Ciencia Política de

la Universidad Nacional de Rosario, Argentina. Ha publicado *Espacios de la Política* (2020), Editorial Ross, UNR editora, Rosario; *Los desarrollos Latinoamericanos y sus controversias*, Editorial Universidad Nacional de Tierra del Fuego, 2016, así como otros libros y artículos científicos.

Bibliografía

Acuña, G. (2022). *Villa Manuelita*. Cátedra Política y Territorios, FCPOLIT, UNR.

Alburquerque, F. (2004): “Desarrollo Económico Local y Descentralización en América Latina”, *Revista de la CEPAL*, N° 82, pp. 157-171, Santiago de Chile.

Arocena, J. (1995): *El Desarrollo Local, un desafío contemporáneo*, Venezuela, Nueva Sociedad.

Becattini, G. (1997): “Totalità e cambiamento: il paradigma dei distretti industriali”, *Sviluppo Locale*, Vol. IV, N° 6, pp. 5-24

Boisier, S. (2000). *Desarrollo Local ¿De qué estamos hablando?*, Cuadernos Regionales N°1, Universidad de Talca, Santiago de Chile.

Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL). 2017. *Panorama del desarrollo territorial en América Latina y el Caribe. Agendas globales de desarrollo y planificación multinivel*. Santiago de Chile.

Consejo Federal de Inversiones (2019). *Formalización de la región metropolitana*. Provincia de Neuquén y Provincia de Río Negro.

Cullen, C. (2017). *Reflexiones desde nuestra América*. Buenos Aires, Argentina: Editorial Las Cuarenta.

Dos Santos, T. (2000). *A Teoria da Dependência: Balanço e Perspectivas*, Sao Paulo. Ed. Civilização Brasileira

Germana, C. (2009). Una epistemología otra: el proyecto de Aníbal Quijano. *Sociológica*, *Revista del Colegio de Sociólogos del Perú*, No. 1, agosto 2009, pp. 49-87.

- Haesbaert, R. (2011). El mito de la desterritorialización. Del fin de los territorios a la multi-territorialidad. México: Siglo XXI.
- Harvey, D. (2005). El «nuevo» imperialismo: acumulación por desposesión, Socialist register 2004 (enero 2005). CLACSO. Buenos Aires.
- Harvey, D. (2017). El cosmopolitismo y las geografías de la libertad. Akal. España. (Original publicado en 2009).
- Kohn, M. (2003). Radical Space: Building the house of the people. Ithaca. Cornell University Press.
- Kusch, F. (2013). «El hedor y los márgenes: la militancia barrial (territorial)». En Tassat, J. y Juan Pérez (coordinadores). El hedor de América. Reflexiones interdisciplinarias a 50 años de la América Profunda de Rodolfo Kusch. EDUNTREF. Buenos Aires (p. 89 a 97).
- Kusch, R. (2012). Geocultura del hombre americano. Rosario, Argentina: Editorial Fundación Ross
- Leff, E. (2014). La apuesta por la vida. Imaginación sociológica e imaginarios sociales en los territorios ambientales del sur. Siglo XXI, México.
- Madoery, O. (2016). Los desarrollos Latinoamericanos y sus controversias, Editorial UNTDF.
- Madoery, O. (2020). Espacios de la Política, Fundación Ross, UNReditora, Rosario.
- Massey, D. (2007). Geometrías del poder y la conceptualización del espacio. Universidad Central de Venezuela, Caracas.
- Mignolo, W. (2000). Historias locales/Diseños globales. Colonialidad, conocimientos subalternos y pensamiento fronterizo. Madrid: Akal.
- Nussbaum, M. (2006). Las fronteras de la justicia (trad. A. Santos y R. Vilá). Barcelona. Paidós.
- Quijano, A. (2000). «Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina», en E. Lander (comp.) La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas Latinoamericanas. Buenos Aires: CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.

Ramos de Robles, S. y Feria Cuevas, Y. (2016). La noción de sentido de lugar: una aproximación por medio de textos narrativos y fotografías. *Innovación Educativa*, vol. 16, núm. 71, pp. 83-110 Instituto Politécnico Nacional, Distrito Federal, México

Relph, E. (1976). *Place and Placelessness*. London: Pion.

Rofman, A y García, A. (2018). *Planificación, región y políticas: en búsqueda de nuevas ideas para un proyecto productivo*. Editado por Gaspar Herrero. 1a edición. Buenos Aires. Universidad de Buenos Aires. Facultad de Ciencias Económicas. Libro digital, DOC.

Santos, M. (1996). *Metamorfosis del espacio habitado*. Vilassar de Mar: Oikos-Tau, Barcelona

Sassen, S. (2015). *Expulsiones: brutalidad y complejidad en la economía global*. Buenos Aires, Katz Editores.

Scannone, J. (2010). *Nuevo punto de partida en la filosofía latinoamericana*. Ed. Docencia. Buenos Aires

Sunkel, O. y Paz, P. (1986). *El subdesarrollo latinoamericano y la teoría del desarrollo*, México, Siglo XXI, 20° edición.

Vázquez Barquero, A. (2005). *Las nuevas fuerzas del desarrollo*. Barcelona: Ed. Antoni Bosch

Wallerstein, I. (1998). *El moderno sistema mundial. La segunda era de gran expansión de la economía-mundo capitalista, 1730-1850*. México: Siglo XXI.